

En las páginas que componen esta obra el autor hace gala de un excelente conocimiento y dominio de las fuentes, que le permiten moverse con absoluta soltura tanto en el campo de las fuentes literarias como epigráficas. Igualmente, hay que destacar el valor añadido de las notas a pie de página y de las fotografías y tablas aportadas por el autor.

En cualquier caso, esta obra es estimulante en el sentido de que fomenta la reflexión y el análisis sin dar por supuestas determinadas cuestiones. El lector no solo tendrá en sus manos un buen libro que le enseñará una historia actualizada sobre la política agraria durante el Alto Imperio romano, sino que también contará con un instrumento de útil consulta y amena lectura, especialmente dirigido al investigador y estudiante universitario. En definitiva, una obra novedosa y de calidad, bien concebida, donde las distintas conclusiones y resultados a los que llega G. Sanz Palomera ofrecen una imagen bien perfilada sobre la política agraria durante el Alto Imperio romano. Se trata, por consiguiente, de una obra de referencia obligada que permite enriquecer el repertorio historiográfico actual.

Miguel Ángel Novillo López  
*Universidad Complutense de Madrid*

Alejandro BANCALARI MOLINA, *Orbe Romano e Imperio Global. La Romanización desde Augusto a Caracalla*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007, 332 pp. [ISSN: 0717-7194]

No son muchas las obras de síntesis que han abordado, de forma integral y exhaustiva, el complejo entramado de factores que explican no sólo el origen y desarrollo histórico del Imperio Romano, sino sobre todo su consolidación durante siglos, en un amplio marco geográfico y un complejo mosaico cultural, así como el decisivo y duradero legado que dejó en el modelo de civilización occidental. Tomando como paradigma de su análisis ese concepto de “globalización”, que define de forma esencial nuestro mundo moderno, el profesor Bancalari nos aporta en su libro un análisis exhaustivo y profundamente documentado de los elementos básicos que configuraron ese concepto de “romanización”, a menudo sobreexplotado, e incluso aplicado a realidades muy diversas. El autor, con amplia trayectoria docente e investigadora en las universidades chilenas de Bio-Bio y Concepción, y autor de numerosas publicaciones sobre su especialidad en revistas de su país y extranjeras, es hoy sin duda uno de los principales impulsores de los estudios sobre el mundo antiguo en el ámbito iberoamericano, especialmente la Historia de Roma en sus aspectos políticos y culturales. Se ha formado en Italia, sobre todo en la Universidad de Pisa, pero también conoce ampliamente el ámbito universitario de otros países, entre ellos España. En toda su trayectoria científica demuestra un profundo dominio y puesta al día de la producción historiográfica europea, de las más actuales tendencias metodológicas, y en especial de las fuentes clásicas, que sabe seleccionar y

contextualizar con amplio acierto, a fin de ilustrar de forma convincente los problemas fundamentales y las cuestiones más concretas que este estudio va planteando. A lo largo de él se nos muestra como un ensayista riguroso en sus planteamientos e incisivo en sus análisis.

El libro que comentamos nos aporta un hito importante en ese progreso de la historiografía sobre la Antigüedad Clásica que acreditan en los últimos tiempos algunos países del entorno iberoamericano. Ha sido prologado por el profesor Cesare Letta, quien no deja de realzar cómo Bancalari ha sabido definir bien los diversos componentes motrices que sustentaron la “romanización”, poniendo además el acento en hechos tan decisivos, como el papel de Augusto en su difusión, la evolución histórica del propio concepto, y cómo implicó un dinámico intercambio de elementos renovadores entre el centro del imperio, sede del poder político, económico y cultural, y sus diversos espacios provinciales. La obra se inicia con una introducción del autor, donde define el marco temporal y geográfico que abarca, para establecer seguidamente los términos de la propuesta que va a desarrollar. La “filosofía”, en suma, de lo que constituye un ensayo bien estructurado, resultado de una profunda reflexión y un prolijo esfuerzo de documentación, para tratar de responder a una cuestión fundamental: cómo podemos entender “la unidad política, social, económica, jurídica y cultural del imperio romano” como “el primer gran ejemplo de globalización en la historia universal y, particularmente, en la civilización cristiano-occidental”. Fue un proceso largo en el tiempo, complejo por su pluridimensionalidad, que no podemos reducir a un conjunto de categorías, aplicadas de manera forzosa, por una entidad política superior e imperialista, el estado romano, reproducidas mecánicamente en la diversidad de ámbitos etnoculturales que lo configuraron, y mantenidas estáticamente a lo largo de varios siglos.

Muy al contrario, esa “globalización” en todos los órdenes que Bancalari analiza en detalle, desde sus causas intrínsecas a sus consecuencias, fue una progresión histórica de muy larga duración, que pivotó sobre un imperio que, como estructura política, “funcionó” durante muchos siglos, pese a los avatares sufridos, y que afectó de forma decisiva, aunque desigual, a una amplia gama de pueblos, modelos sociales e institucionales profundamente enraizados, y ancestrales identidades culturales. Un proceso integrador que se inició, sin embargo, de forma dramática, a menudo como un corte brusco en muchos desarrollos históricos “locales”, con duras y a veces interminables guerras de conquista, en medio de la general incomprensión de la clase política de la República (salvo excepciones) hacia los pueblos sometidos, sus herencias culturales, y de manera especial sus derechos. Pero también un proceso a través del cual se difundió y consolidó por todo el orbe mediterráneo, el *Mare Nostrum*, la herencia de la cultura grecorromana. Lo que hizo de la Romanización un fenómeno histórico decisivo, de consecuencias decisivas en la formación del modelo cultural de Europa, que se gestó y consolidó entre fines de la República, cuando Roma era un estado en plena expansión exterior, y el crítico siglo III d.C., cuando terminaron por fraguar algunos de sus principales fundamentos, y empezaron a quebrar otros.

La obra está organizada en cinco capítulos, complementados con un apéndice dedicado a otros dos grandes “desarrollos históricos” paralelos al Imperio Romano, la India y la China, que sirven de elemento de comparación y contraste. El capítulo I se centra en la “La Romanización como proceso histórico de larga duración: fundamentos teóricos”, y en él Bancalari analiza todos los antecedentes que han convertido dicho problema en uno de los grandes debates historiográficos modernos: qué fue en sí, y cuáles fueron las causas y consecuencias de la expansión imperialista romana, hecho histórico decisivo que abrió el camino para la propagación de los factores romanizadores. Son dos fenómenos totalmente interrelacionados, que determinaron a la larga aquel modelo de “integración y asimilación entre vencedores y vencidos” y de “identidad y unidad dentro de la diversidad”, que llegó a ser el gran Imperio Romano. Para aclarar mejor los términos de su estudio, el autor analiza dos conceptos importantes: el significado de la *pax romana*, no sólo un término de la propaganda oficial, sino una de las claves para que la civilización grecorromana se consolidara en el orbe dominado políticamente desde la *Urbs*; y el de *Romanitas*, que nos acerca a los diversos códigos ideológicos y sentimentales que configuraron el alma romana. En ellos se entrecruzaron las vivencias tradicionales con los fermentos helenizantes, y con esa compleja trama acabaron sintonizando amplios conjuntos sociales a lo largo y ancho del imperio.

El capítulo II titulado “La teoría y el estudio de la Romanización: pluralidad de modelos” es, a nuestro entender, un interesante estado de la cuestión, donde se analizan con claridad y objetividad, de forma ordenada y ponderada, las diferentes teorías sobre la Romanización, concepto sin duda a menudo manido, mal usado, visionado con prejuicios o unilateralmente entendido. Se examinan ocho distintos modelos de análisis, desde los que han visionado el fenómeno como un proceso esencialmente imperialista, dominador y anulador de substratos culturales nativos, y generador de resistencias y violentas imposiciones, hasta los que lo han enfocado como un paradigma de progreso y desarrollo, asumido gradualmente por las sociedades provinciales ante la superioridad incontestable de la civilización romana.

Para ello, y demostrando un gran dominio de toda la bibliografía, en especial la anglosajona, Bancalari efectúa un amplio repaso sobre las diferentes teorías que la tradición historiográfica ha ido estableciendo sobre la “romanización”, cuya interpretación ha ido basculando, por poner sólo algunos ejemplos, entre quienes la han percibido como una imposición absoluta de los modelos romanos sobre las sociedades autóctonas; quienes la han visionado en términos de un proceso expansionista que tuvo indudables, pero sin duda inevitables, caracteres colonialistas; o quienes han acentuado los fenómenos de resistencia nativa a su progresión, frente a la visión idílica de la imposición por vía natural de un modelo civilizador entendido desde los ámbitos indígenas como superior. Sin faltar quienes han interpretado más equilibradamente la Romanización, entendiéndola como el desarrollo de diferentes “culturas provinciales”, como resultado de la fusión en cada sitio de las herencias autóctonas y las aportaciones latinizadoras, aplicándose conceptos, como el de “criollización”, que nos llevan a otros procesos y momentos históricos, con los que cabe confrontar el que constituye el “leitmotiv” de la presente obra.

Como decíamos, es cierto que el concepto de “romanización”, su génesis, rasgos y alcances, han constituido temas básicos en reiterados discursos eruditos sobre lo que Roma llegó a ser. Pero también es cierto que, en nuestro mundo postcolonial, sensibilizado hacia las realidades culturales autóctonas y su supervivencia ante las tendencias globalizadoras, el término “romanización”, como no deja de señalar Bancalari, no disfruta de “buena prensa”. Pese a ello aborda con entusiasta decisión, visión poliédrica y densa documentación la tarea de reivindicarlo, de demostrar su vigencia, y también su utilidad metodológica, para una mejor comprensión de lo que Roma fue, y especialmente de lo que muchos siglos después nos sigue quedando de ella. Y aquí plantea su propuesta, enfocar la “romanización” dentro de los parámetros según los cuales interpretamos hoy el fenómeno de la “globalización”, en el cual están inmersos todos los continentes y gran parte de los países de nuestro mundo moderno, aunque a distintas velocidades y con diferentes consecuencias.

En palabras de nuestro autor debe interpretarse aquel hecho histórico de expansión imperialista y cultural que fue Roma, por añadidura sin precedentes, como un “macro proceso y un conjunto de acciones concretas que tienden a una asimilación, a una cierta identidad y a principios comunes de diversos pueblos que componen un mundo interconectado”. En ello habría radicado la auténtica singularidad e importancia de lo que fue Roma, y su valor como antecedente histórico de nuestra “globalización” moderna. Y Bancalari considera que esa confrontación de perspectivas valoriza ante nuestros ojos el concepto de “romanización”, le sigue dando actualidad, siempre que lo despojemos de perspectivas centralistas, y nos posicionemos también más allá de simplificaciones, que hoy día encorsetan el concepto de “globalización”, limitándolo a lo político, lo económico, las comunicaciones, lo cultural, etc. En suma, la consideración del Imperio Romano como un espacio común globalmente romanizado, como fruto de la interrelación y ósmosis cultural entre dos componentes “activos”, Roma y los pueblos gradualmente integrados en su esfera de dominio político. Un proceso dinámico, evolutivo (se definen tres etapas en el mismo) y polifacético, del que nace una nueva realidad romano-provincial, sin imposición radical de una cultura “superior”, sin anquilosamiento de las sociedades provinciales, sino en armónicas “unidad e igualdad dentro de la diversidad”.

Y pasamos al capítulo III, sin duda el plato fuerte del libro, la parte fundamental que da entidad y bases de argumentación a las teorías planteadas en esta obra. Titled “Grandes variables y factores del proceso de Romanización”, en él Bancalari revisa detenida y documentadamente los factores que considera claves en el fenómeno de la Romanización, lo que define como “once categorías de análisis, variables y factores que muestran una integración, asimilación e identidad común entre los romanos y las provincias”. Su mutua imbricación, su interconexión y positivos resultados, dieron su peculiar identidad, y su valor como modelo de civilización para épocas posteriores, a aquella primera globalización que fue el *Orbis Romanus*. Esos once elementos, que el autor disecciona con mano experta, sustentando sus consideraciones en un amplio desglose de fuentes y referencias bibliográficas, fueron:

1). La integración cultural y promoción política de las aristocracias locales y provinciales, pues Roma impulsó los mecanismos adecuados para difundir entre muy diferentes sociedades la civilización greco-latina, atrayendo a ese espacio de progreso intelectual y refinamiento material a muchas aristocracias locales que, de liderar la resistencia al avance romano, pasaron a ser representantes de Roma, favorecidas por el sistema, y “fidelizadas” mediante diversos mecanismos ideológicos, uno de los principales el culto imperial. El Principado abrió las altas esferas de la política de Roma a los provinciales, alentando la promoción de muchos de ellos dentro de los cuadros dirigentes de la administración y el ejército. Ello se debió en buena parte a la gran visión de futuro de estadistas excepcionales como César y Augusto.

2). El significado y expansión de la ciudadanía romana por todos los ámbitos del imperio, su progresiva difusión por todos los sectores sociales libres, empezando por las aristocracias locales, adoptándose los procedimientos jurídicos apropiados, hasta culminar en el edicto “homologador” de Caracalla.

3). El Derecho, las más racionales y aquilatadas leyes romanas, que funcionaron como mecanismo regulador de las relaciones entre individuos y comunidades, superando las tradiciones consuetudinarias locales, y tomando la ciudad como espacio básico de convivencia y orden político. Fruto de ello fue la expansión del régimen administrativo y jurídico municipal, del que son exponente singular y sin paralelos para el resto del imperio las leyes municipales de Hispania, conservadas en tablas de bronce, y públicamente expuestas para general conocimiento.

4). El sistema político, con la institución imperial a la cabeza, garantía de la unidad del imperio, artífice de un equilibrio entre centralismo y fuerzas centrífugas, que permitió largos tiempos de paz y fomentó el avance material e intelectual.

5). La creación de un gran espacio económico unitario, asegurado por la presencia militar romana, por la difusión de una moneda común, y por el desarrollo de las comunicaciones. Ello favoreció una economía global, un comercio abierto y con relativas limitaciones, y una demanda de productos en cantidad, variedad y calidad, con una extensa red de mercados a diversos niveles. Panorama que, en opinión del autor, puede ser entendido como precedente del capitalismo moderno. Todo ese desarrollo material, cuyos testimonios arqueológicos siguen hoy brillando a nuestros ojos, nos habla de una sociedad que adquirió globalmente un alto nivel de prosperidad, más allá del lujo imperante entre las clases dirigentes.

6). La educación, tradicionalmente orientada a la formación de las élites, pero hasta cierto punto “liberalizada” de trabas sociales y legales por el régimen imperial, lo que favoreció su apertura a otros sectores de población, y la creación de escuelas públicas para difundir el legado cultural greco-latino.

7). La tecnología, que asimiló lo fundamental de las aportaciones teóricas griegas, con un sentido práctico proyectado a la fabricación de productos y utensilios de muy variada índole, o a esferas, como la arquitectura y la ingeniería, que figuran entre las manifestaciones más admiradas de aquella civilización romana, y constituyen símbolos visibles del poder de Roma. Todo ello impulsó un alto nivel de bienestar material, especialmente en el ámbito urbano.

8). El desarrollo de una densa “plataforma comunicacional”, en expresión de Bancalari, configurada por una abigarrada red viaria terrestre, marítima y fluvial, bien construida y mantenida regularmente, que sirvió para los intercambios mercantiles y los abastecimientos, los desplazamientos militares, las transferencias culturales, la difusión de la información a todos los niveles, por la que viajaron los correos y se desplazaron las delegaciones, los comerciantes o simplemente los viajeros curiosos.

9). Un ejército permanente y aguerrido, bien dotado, entrenado e incentivado, salvaguarda del estado, garantía de su unidad y estabilidad, respaldo del sistema político unipersonal imperante, una institución dominante que asumió muy variados cometidos, y contribuyó a propagar por todos los ámbitos los elementos romanizadores, tanto de carácter material como cultural y espiritual.

10). El culto imperial, religión oficial del estado, elemento de convergencia ideológica entre pueblos y sociedades muy diversas, factor de unidad política en sintonía con el culto a *dea Roma*, de raíces helenísticas, y el sincretismo religioso que propició la integración de muchos dioses locales en el panteón romano, y la correlativa recepción en los entornos provinciales de divinidades y liturgias romanas a través del prisma de las tradiciones autóctonas.

11). La vida urbana, el desarrollo de la “ciudad” como auténtico foco de romanización, como espacio primario de sociabilidad, de acceso a la cultura, de intercambio económico, de bienestar material, de ocio, de oportunidades, la *urbanitas* como símbolo de un nuevo orden, articulado sobre el prolijo mapa de lo que Roma configuró como la primera “Europa de las ciudades”.

Dos apartados más complementan acertadamente la obra de Bancalari. En el capítulo IV titulado “Distintos testimonios sobre el mundo romano”, se han seleccionado diversas fuentes, que nos aportan valoraciones de lo que significó el imperio para sus moradores, desde diferentes, y no siempre unívocas, perspectivas, suscitando sentimientos que bascularon desde la admiración más entusiasta hasta las reacciones de los pueblos sometidos por la fuerza. En la óptica positiva hacia el significado de Roma se posicionan el discurso del rey Agripa II, recogido por el historiador judío Flavio Josefo, quien basculó de la oposición nacionalista a la comprensión de lo que el imperio universal de Roma aportaba a quienes vivían bajo su dominio; las arengas de Julio Auspice y Petilio Cerial en el contexto de la rebelión báltava, transmitidas por Tácito, donde se destacan algunas de las positivas aportación de Roma a la paz, el orden, la justicia y el progreso de la civilización; las alabanzas del orador Elio Arístides, en el mismo sentido, poniendo de relieve la trascendencia que habían llegado a tener muchos de los factores romanizadores considerados en esta obra, en la configuración de un nuevo orden universal bajo Roma, que había asumido las mejores esencias de la gran civilización griega; y finalmente testimonios como el del historiador Apiano, o el de un cristiano como Tertuliano, coincidentes en las mismas consideraciones optimistas. Pero también se aporta el contrapunto, algunas opiniones divergentes, que ofrecen la visión de los vencidos.

En el capítulo V, “De Roma a la Aldea Global”, el autor reconsidera unitariamente las opiniones y valoraciones defendidas previamente, destacando algunos aspectos a su juicio fundamentales: la importancia decisiva de la gran obra reformista realizada por Augusto; la percepción geográfica que los romanos tuvieron de su imperio, asimilando el *orbis terrarum* al *Orbis Romanus*, un elemento importante en la propaganda oficial y en la ideología imperial; la aspiración al dominio del mundo de algunos grandes estadistas, tanto de la República como de época imperial, sustanciada en la nostálgica *aemulatio Alexandri* de que hicieron gala; el proceso de equiparación jurídica que adquirió su máximo desarrollo con la “ciudadanía global” alcanzada bajo Caracalla. En definitiva la culminación de la visión cósmica integradora de pueblos y culturas que había soñado el rey macedonio, y que apoyó con buen caudal de argumentos ideológicos un sector importante de la intelectualidad romana.

El libro se complementa con el citado apéndice, “Más allá del limes del *orbis Romanus*: India y China”, donde se evalúan las relaciones de Roma con aquellos dos inmensos espacios políticos y culturales, con otros imperios vecinos como Persia, con los que mantuvo un largo pulso histórico, o con los pueblos germanos, destacándose que en ningún otro lugar del mundo antiguo llegó a cuajar un proceso integrador y de tan amplios horizontes, como el que se forjó bajo la hegemonía romana. En definitiva Roma como primer ejemplo histórico de la “aldea global”. Al final se incorpora una amplia bibliografía, bien seleccionada, y que el autor demuestra haber utilizado profundamente, así como índices analítico y de autores citados.

El autor tiene una opinión muy positiva sobre el decisivo papel de Roma en la Historia, defiende sus postulados con mesura y los argumenta ampliamente a base de un profundo análisis documental. Quizás se echa de menos una mayor atención hacia los elementos contestatarios y divergentes del “sistema”, que los hubo, pues a veces se concede excesiva importancia al centro, en detrimento de los ámbitos periféricos y las identidades culturales autóctonas, que también pervivieron por encima de los elementos de homogeneización. Pero ello no desvirtúa la acertada valoración que, en nuestra opinión, realiza tanto de los factores explicativos, como de las consecuencias decisivas de aquella excepcional singladura histórica. Un proceso que, como señala el autor, germinó en la mentalidad de determinados círculos políticos romanos, sobre todo tras la instauración del régimen imperial. Y que se alimentó de un código de valores donde ley, orden y progreso de la civilización frente a la barbarie fueron principios asumidos por la clase dirigente romana. Pero con ellos, y resultó decisivo, sintonizaron amplios estratos sociales, y de forma singular y decisiva las aristocracias provinciales, lo que explica la imposición definitiva del modelo cultural difundido por Roma en un amplio espacio geográfico. En ese ámbito la paz que facilitaba el progreso de la civilización quedó garantizada por una autoridad política central incontestada, al margen de quien en cada momento revisitiera la púrpura, así como por un ejército y una diplomacia tremendamente eficaces y prácticos.

Otro punto a destacar en la obra es el análisis de las correlaciones que pueden apreciarse entre la Romanización y los fenómenos de globalización de nuestro mundo moderno. Para Bancalari la expansión de la Romanización fue un hito decisivo en la Historia, que merece ser observado también a la luz de nuestras inquietudes, problemas y tendencias actuales. La singular coyuntura histórica que marcó Roma nos puede servir hoy para interpretar y valorar las grandes preocupaciones de nuestro tiempo, contrastando sus luces y sombras con las experiencias positivas y negativas que configuran nuestro presente. En él, como en el Imperio Romano, la convivencia multiétnica y multicultural sin duda constituyen factores decisivamente transformadores en nuestra “aldea global”. Tanto ésta, como muchas otras apreciaciones que se van desglosando a lo largo de la obra, hablan muy a favor de la oportunidad de su publicación. Y en este sentido debe contribuir a mejorar también nuestra valoración de lo que Roma significó para la formación de Europa, la correcta apreciación de todo lo que sigue perviviendo y operando hoy de su inmenso legado. Un mundo reactualizado, de lo cual es signo elocuente la atención que sigue despertando, no sólo en las investigaciones eruditas o como elemento de referencia, sino en el cine o la literatura. En suma se trata de evaluar, y a ello también puede ayudarnos notablemente el denso ensayo del profesor Bancalari, hasta qué punto somos conscientes de que en muchos de nuestros valores, formas de conducta, creencias, costumbres, ideas, etc., sigue perviviendo el “alma romana”. Todo ello en un momento de crisis de identidad europea, donde se están discutiendo, e incluso desestimando, cuando no menospreciando injustamente, las que sin lugar a dudas fueron sus más profundas y nutricias raíces.

Juan Francisco Rodríguez Neila  
*Universidad de Córdoba*

Gonzalo BRAVO CASTAÑEDA, *Teodosio (Último emperador de Roma, primer emperador católico)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010, 356 pp. [ISBN: 978-84-9734-926-0]

El profesor Gonzalo Bravo, que no necesita ningún tipo de presentación dada su reconocida trayectoria, ha escrito esta obra que se añade a su ya larga dedicación al estudio de la Antigüedad Tardía.

Un trabajo como éste se marca unos objetivos del mayor interés y, por lo mismo, echados en falta desde hacía tiempo, puesto que, a menudo, se ha generalizado sobre el concepto de que el siglo IV d.C. es una época de decadencia, continuación de la crisis de la segunda mitad del siglo III, que anuncia el colapso definitivo del Imperio romano en el siglo V, al menos en Occidente, y que los esfuerzos de Diocleciano habían sido vanos e improductivos. Por fortuna, estudios de gran altura han demostrado lo infundado de tales tesis y han dejado sentado, con claridad palmaria, que el siglo IV es una época distinta, turbulenta y convulsa si se quiere, pero no